

apoyaban sus amonestaciones prudentes por envidia y por temor de abrir, con un régimen mas moderado, el camino á la restauracion de la temida constitucion. De este modo pudo Fernando VII negar tranquilamente su aprobacion á los empréstitos hechos en su nombre por las cortes y estafar á los acreedores del Estado, convirtiendo un empréstito en deuda consolidada, con mucha ventaja, pero aparente, para los acreedores, porque bajo mano volvió á vender los títulos recogidos del empréstito.

Los sucesos ulteriores probaron que la intervencion armada hecha en la península con el objeto de consolidar el principio de legitimidad, fué, en realidad, el primer paso dado en direccion contraria.

## CAPITULO II

### LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA EN GRECIA

El golpe principal que conmovió y luego destruyó el edificio de la Santa Alianza, que acababa de concederse á sí misma la direccion suprema de nuestro continente, procedió del Sudeste, es decir, de la península balcánica, habitada por un pueblo compuesto de elementos heterogéneos, griegos, albaneses, eslavos y semi-eslavos, que desde la invasion turca habian sido tratados por los conquistadores como vencidos. Los turcos, admirables como conquistadores, habíanse mostrado enteramente incapaces de formar una nacion homogénea y asimiladora. Seguian al principio de nuestro siglo como en la época de la conquista, siendo invasores implantados entre los pueblos sometidos, de raza, religion y costumbres enteramente distintas de las turcas. Ocupaban militarmente los países conquistados como enemigos vencedores, sin cuidarse ni remotamente de los deberes que un gobierno permanente tiene interés y obligacion de cumplir respecto de sus súbditos. Para los turcos, los pueblos cristianos conquistados no eran mas que rebaños de esclavos sin derecho ni voluntad propia, que no se vendian todos porque no convenia.

Esta tristísima y abyecta condicion no llegó á matar el vigor del pueblo helénico, el cual ofreció al mundo asombrado el espectáculo sin igual de erguirse asido á su pasado grandioso, inmortalizado por la historia. El pueblo griego renació á una nueva vida despues de haber estado borrado de la lista de las naciones independientes durante veinte siglos y cuando al cabo de infortunios y calamidades las mas terribles que concebirse pueden, parecia estar exterminado para siempre hasta en sus restos miserables.

Los griegos modernos conservan, sin embargo, poquísimas analogías con los antiguos, que fueron los maestros de los pueblos. La pureza de la sangre, que tanto se esforzaron por conservar los antiguos helenos, desapareció por efecto del cruzamiento con tantos elementos extranjeros, y la masa principal de la nacion griega actual es de raza albanesa grequizada con una fuerte proporcion de sangre eslava, excepto en algunos puntos retirados, donde se han conservado algunos insignificantes restos helénicos puros ó en que predomina la sangre helénica. Esto en cuanto á la parte física. En la parte moral sucede una cosa análoga; cuatro siglos de esclavitud abyecta dejaron su sello en el carácter é índole de este pueblo, en cuyo tiempo retoñaron exuberantes las cualidades malas de sus antepasados, como el egoismo, la envidia, la falacia y la tendencia á la division, ahogando las virtudes ó perjudicando á su desarrollo; pero lo que ningun despotismo, ninguna abyeccion, ninguna presion, ni la de los siglos, han podido destruir, es el sentimiento de la nacionalidad. Los lazos poderosos á que se debe esta extraordinaria cohe-

sion moral son el idioma y la religion, que ya en remotísima antigüedad mantuvieron una unidad intelectual entre la madre patria y las numerosas colonias dispersas y algunas muy distantes. En siglos mas modernos la religion cristiana estuvo representada visiblemente por el patriarca de Constantinopla, revestido hasta por los sultanes de muy ámplios poderes por la influencia que tenia sobre sus fieles, y así se conservó el sentimiento de la comunidad de intereses nacionales. Mucho ayudó tambien la facilidad con que el gobierno turco ha abandonado siempre la administracion de los intereses interiores y locales á pueblos y distritos, que elegian libremente sus alcaldes, jefes de distrito y demás administradores, tanto que muchas islas solo tenian que pagar al sultan un tributo anual en dinero ó en hombres para la marina imperial.

Todas las tentativas de sacudir el yugo turco habian conducido tan solo á un aumento de opresion, y la misma emperatriz de Rusia Catalina II, habia abandonado al furor bárbaro de los turcos á los infelices griegos despues de haberlos hecho excitar por sus agentes á sublevarse. No obstante, desde este último descalabro empezó á notarse un movimiento enérgico en la nacion griega, y bajo la proteccion rusa y durante las revoluciones y guerras de independencia renació con asombrosa rapidez la antigua pericia marítima y el no menos antiguo espíritu mercantil de la raza griega. En 1816 constaba la marina griega de seiscientos buques con 6,000 cañones, tripulados por 17,000 marineros hábiles y fogueados en las continuas luchas con los piratas. Las islas peñascosas de Hidra, Spetsae y Psara tenian fama de dar los mejores marinos. En las grandes ciudades marítimas del Mediterráneo se fundaron importantes casas de comercio helenas y en las islas griegas florecia el comercio y prosperaba la industria, todo unido á un verdadero renacimiento moral de las poblaciones griegas y sobre todo y como foco, de los fanariotas, descendientes de la antigua aristocracia bizantina, enriquecidos, no siempre de un modo estrictamente legal, en la administracion y recaudacion de impuestos, en las cuales el gobierno turco solia emplearlos. Entre ellos descollaban las familias de Ipsilanti, Sutso y Maurocordatos. Este último, agraciado con la dignidad de príncipe por el emperador Leopoldo de Austria, y su hijo Nicolás, el primer hospodar de Valaquia de origen griego, hicieron nobles y fructíferos esfuerzos para la purificacion y el cultivo del idioma griego, para la educacion é instruccion del pueblo, con la creacion de muchas escuelas, y para el fomento de la literatura neogriega. Literatos notables eran tambien Atanasio Ipsilanti, Bulgaris y Teotokis, ambos naturales de Corfú, y Rigas, el poeta tesalónico; gran número de jóvenes griegos pasaron en busca de instruccion á las universidades del Occidente, de suerte que este restituyó en cierta manera al pueblo griego la cultura que debia á las obras de los antiguos helenos. Adamantio Corais (Coray), el fundador de la ortografía del griego moderno, que nació en 1788 y murió en 1833 en Paris, hizo muchísimo por su lengua patria, el griego moderno, y supo comunicar su entusiasmo por las glorias antiguas de su raza á la juventud griega.

La noticia de la expedicion francesa al Egipto bajo las órdenes del entonces general Bonaparte, llenó de indescriptible júbilo al pueblo griego, excitado ya por la voz de la redencion de los pueblos, lanzada á todos los vientos por la república francesa. ¿Por qué no habia de esperar el pueblo griego ser redimido tambien del yugo turco? En esta creencia fundó el ya citado Rigas en su ardor patriótico, á últimos del siglo pasado (1797), en Bukarest, la sociedad secreta *La Heteria* (sociedad de amigos); pero al año siguiente cayó, en Trieste, con cinco compañeros en manos del gobierno austriaco, que los entregó al bajá turco de Belgrado, donde murieron todos,

Rigas fusilado y los otros ahogados en el Danubio. Sin embargo, no murió con ellos la semilla de la libertad griega, que se propagó y multiplicó lenta pero seguramente.

Las reformas interiores del sultan Selim y la benevolencia con que miró los asombrosos esfuerzos de los griegos para levantar su decaída raza por medio de la instruccion; la creacion de la república de las islas Jónicas bajo el protectorado de Inglaterra, que declaró idioma oficial el neo-griego; la sublevacion de los serbios, las guerras europeas y el creciente contacto de los griegos con las naciones occidentales, contribuyeron á robustecer el sentimiento y la energía nacionales en el pueblo griego, diseminado por todo el imperio turco. Pero llegó la paz y con ella el congreso de Viena, que nada quiso hacer por los pueblos cristianos que vivian bajo el yugo turco; lo único que pudo conseguir el ya citado conde de Capodistria de su soberano el czar Alejandro, del cual era ministro y secretario íntimo, y de algunos otros potentados, fué una sombra de proteccion para la sociedad filomusa fundada en 1812 en Atenas y de la cual Capodistria era presidente. Esta sociedad se ocupaba en la conservacion de las obras antiguas y en reunir las en un museo, y fundó una biblioteca, escuelas y otros institutos patrióticos para el fomento de la instruccion.

Mayor importancia adquirió todavía otra sociedad llamada *Heteria de los filicos*, fundada en 1814 en Odesa por tres comerciantes griegos, y cuyo objeto nacional y político era constituir un imperio griego sobre las ruinas del turco con Constantinopla por capital, objeto que los fundadores ocultaron al principio detrás de otro análogo al de la sociedad filomúsica. La organizacion era imitada de la francmasonería; los mismos iniciados ignoraban quién era el jefe supremo, pero indicaciones misteriosas de los fundadores daban á entender que el jefe no era sino el mismo czar, con cuya mentira ganó la sociedad muchos adeptos y un crédito que en el fondo no merecia. En 1818 estableció su direccion en Constantinopla y se organizó mas sólidamente; envió emisarios á todas las provincias habitadas por griegos y ganó adeptos como los príncipes Nicolás y Alejandro Maurocordatos, Jorge y Demetrio Ipsilanti, el arzobispo Germanos, de Patras, y el mismo venerable patriarca Gregorio de Constantinopla. En menos de un año estaba ramificada la sociedad por toda la Morea, sin exceptuar la tribu montaraz é indómita de los mainotas, en sus madrigueras de la Laconia, que olvidó sus disensiones interiores en favor de la causa comun.

Habiendo tomado la sociedad esta extension necesitaba imperiosamente un jefe efectivo, idóneo y de representacion. La direccion secreta puso la mira en Capodistria y en el joven príncipe Alejandro Ipsilanti, que en 1813 se habia distinguido mucho en el ejército ruso y era como Capodistria bien quiso del emperador. Dirigióse primeramente á Capodistria, en febrero de 1820, época la mas desfavorable para decidir al conde, el cual contestó en efecto negativamente, porque mejor que nadie conocia la aversion profunda del czar á todo cuanto tuviese carácter de revolucion, especialmente desde los sucesos ocurridos en la península ibérica. Ipsilanti, en cambio, aceptó con entusiasmo patriótico, con mucha ambicion personal y sin mirar en sacrificios, pues que se jugaba en la empresa toda la hacienda, que era grandísima, de su familia. Nombrado generalísimo, dejó su guarnicion y con el pretexto de tomar baños se dirigió á Odesa, y desde allí á la Moldavia, donde el jefe de panduros búlgaros Uladimiresco, se habia sublevado contra el gobierno turco.

Los sucesos posteriores probaron que Ipsilanti, á pesar de su patriotismo sincero y puro, no tenia para su difícil mision las cualidades mas indispensables, á saber, iniciativa,

criterio propio, perspicacia, calma y prudencia. La sociedad por otra parte habia exaltado los ánimos de los griegos hasta un grado que no permitia aplazar la sublevacion so pena de exponerse á que fuese descubierta toda la trama por algun estallido prematuro; pero nadie habia pensado en los preparativos materiales, mecidos como estaban todos en la dulce confianza del auxilio de la Rusia, su correligionaria. Quiso entonces la suerte que la guerra imprevista del sultan con uno de sus vasallos mas poderosos, el bajá Alí de Janina, viniera al socorro de la causa griega. Alí, descendiente de una familia albanesa que en otro tiempo se habia convertido al islamismo, era un monstruo abominable, pero al propio tiempo un hombre de talento como pocos. Con su valor, su habilidad, su perseverancia inquebrantable en los mayores reveses y su espantosa frialdad en la eleccion de medios, se habia elevado de señor de su ciudad natal de Tepeleni sucesivamente á bajá de Janina y á dueño de todo el Epiro, de Acarnania y de Tesalia. En todos estos territorios habia reducido á la impotencia á los señores feudales, tan poderosos como pendencieros, introduciendo con un orden severo la seguridad personal, desarrollado la riqueza del país y abierto al comercio los puertos, todo con medidas despóticas y brutales, sin consideraciones de ninguna clase. El nombramiento de su hijo Veli para el bajalato de Tripoliza le permitió asentar el pié tambien en Morea, donde solo le ofrecieron resistencia seria, desesperada y tenaz los suliotas, poblacion montañesa poco numerosa, que finalmente sucumbieron tambien en 1803. Refugiados en el fuerte de Kiafa tuvieron que capitular; pero Alí, despues de haberles prometido paso libre, cayó sobre ellos en su retirada é hizo acuchillar á casi todos. Los pocos que escaparon de manos de los turcos se refugiaron en las islas Jónicas, adonde se les unieron despues, en 1819, los habitantes de la plaza fuerte de Parga huyendo del dominio de Alí, que entonces se hallaba en el colmo de su gloria. El aumento de prosperidad que habia creado Alí en la Albania ó Epiro era asombroso; pero á medida que la riqueza del país se desarrollaba, se grequizaron los habitantes y se aficionaron á la cultura superior griega, mientras los griegos adoptaron de los albaneses la fustanela ó camisa acabando en falda blanca y corta y la hicieron su traje nacional. La capital Janina, residencia de Alí, tomó el aspecto de una ciudad griega y hasta era mas brillante que todas ellas, y muchos de los servidores de Alí, como Odiseo de Itaca, Caraiscakis de Epiro, el médico Juan Collettis, hijo de padres valacos del Pindo, y otros, fueron mas adelante jefes principales en la guerra de la independencia griega y emplearon contra los turcos lo que habian aprendido en la escuela del feroz Alí.

Poco duró la gloria de este hombre, porque como sucede siempre en Turquía con los vasallos excesivamente poderosos, comenzó á hacer sombra al sultan, el cual le puso fuera de la ley, en julio de 1820, por haber Alí atentado á la vida del seraskier ó ministro de la Guerra Ismail-Bajá. Desde entonces todos los servidores del sanguinario déspota le abandonaron sucesivamente, y Alí, acosado por el mismo Ismail, se encerró en su capital Janina, donde se defendió tenazmente. Viendo Ismail que nada adelantaba con el sitio, llamó á su campamento á los enemigos mortales de Alí, á los suliotas, á quienes diez y siete años antes habia arrojado de su país despues de degollar infamemente á la mayor parte de ellos. Pronto se presentaron 800 guerreros suliotas acudidos por el joven y valiente Marcos Botzaris. Siguiendo las instrucciones de la sociedad secreta de que antes hablamos, los suliotas no acudieron para ayudar á los turcos ni para vengarse de Alí, sino para aprovechar la guerra entre ambos en favor de la causa griega. Por eso bastó la promesa de Alí

de restituirles su patria para que se retirasen del campamento turco. El 6 de diciembre de 1820, enarbolando por primera vez la bandera de la independencia griega, se dirigieron á sus queridas montañas, volvieron á posesionarse de ellas y desde allí miraron con indiferencia la lucha entre el gobierno turco y su vasallo. El general gobernador turco Churchit consiguió con una estratagema hacer pasar á Alí á una isla del lago de Janina y allí le hizo matar á traición el 5 de febrero de 1822; su cabeza, las de sus cuatro hijos y

la de su nieto fueron enviadas al sultan, que las hizo enterrar junto á la puerta de Silivria de Constantinopla.

Esta guerra de Alí contra su soberano aumentó extraordinariamente la agitacion entre los griegos, los cuales con este ejemplo cobraron valor para imitar al atrevido bajá turco. En diciembre de 1820 un espantoso terremoto ocurrido en toda la Morea soliviantó los ánimos, y estando además la mejor parte del ejército turco ocupada en Albania, no fué ya posible detener por mas tiempo el ardor de los patriotas



Alejandro Ipsilanti desplegando en Jassy la bandera de la revolucion.

Copia de una pintura mural hecha por Pedro Hess en los pórticos del jardin real de Munich

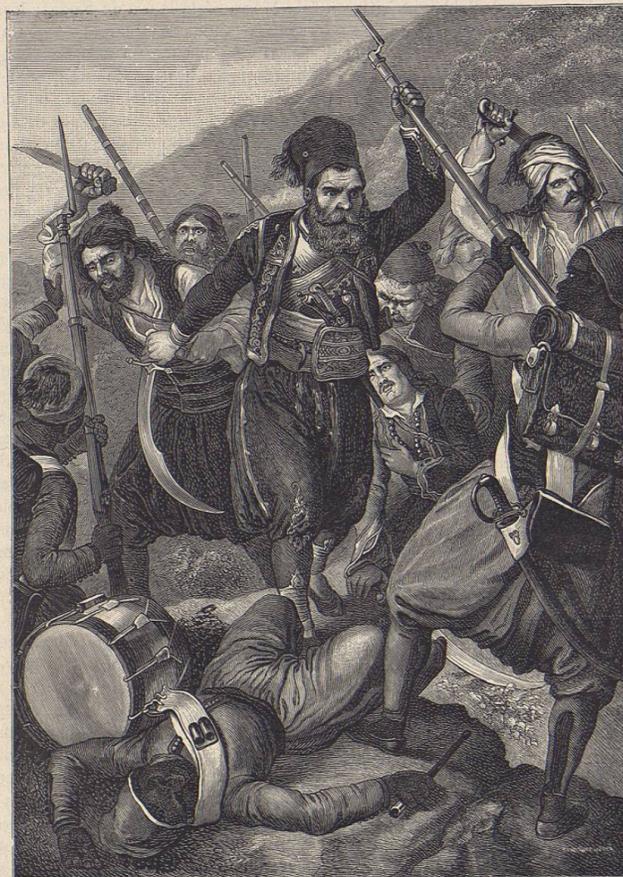
griegos. El levantamiento de Uladimiresco en la Moldavia fué el preludio; en la noche del 6 de marzo de 1821 pronunció en Galatz el capitan Caravias, cuyos secuaces aquella misma noche pasaron á cuchillo á todos los turcos que habia en la poblacion y fortaleza. Al dia siguiente Alejandro Ipsilanti pasó el rio Pruth con un número muy exiguo de guerreros, y en Jassy desplegó la bandera de la sociedad secreta, cuyo emblema era un fénix sobre un fondo negro. En una proclama retumbante y ampulosa hizo saber al pueblo helénico que una gran potencia protegeria la insurreccion. Los rumanos, sin embargo, nada comprendieron del discurso ni menos la razon por qué habian de levantarse ellos para luchar por la independencia de los griegos. Apro-

vechando la ausencia de las tropas turcas, Ipsilanti pudo atraer á su bandera, en el espacio de un mes y con muchos sacrificios y trabajo, un total de 2,000 hombres, con los cuales hizo su entrada solemne en Bukarest. Pero allí se desvanecieron sus ilusiones con la noticia de que el emperador Alejandro habia declarado oficial y terminantemente que nada tenia que ver con la sublevacion. En todas partes encontró Ipsilanti frialdad, desconfianza y ningun preparativo de parte de sus compatriotas.

El gobierno ruso no habia abandonado sus planes relativos á Constantinopla; tres años antes se habria arrojado sobre la Turquía á no haberle detenido el temor de provocar con esto una alianza entre la Puerta y el Austria. Habiendo de-

sistido por lo pronto de su empresa favorita, no le convenia tampoco una sublevacion de la poblacion griega del imperio turco, y mucho menos estando reunido el congreso de Laibach. En este congreso el czar Alejandro se dejó guiar completamente por Metternich, de modo que Capodistria, que naturalmente le acompañaba como consejero favorito y que ya formaba proyectos de enlazar la cuestion de la independencia de su patria con la de Italia, no pudo hacer nada en favor de sus compatriotas. Metternich al saberse la invasion

de Ipsilanti en el territorio moldavo (hoy Rumanía), comprendió desde luego toda la extension del peligro con que amenazaba al imperio austriaco una sublevacion griega, sobre todo si era protegida por la Rusia. Por esto no escaseó sus esfuerzos para evitar semejante complicacion y representó al czar que el levantamiento griego era una tea de discordia arrojada entre la Rusia y el Austria, y que además añadiría combustible al incendio que enrojecia el horizonte político del Occidente de Europa. Alejandro se convenció y prome-



Mauromicalis con sus mainotas en la accion cerca de Verga.

Copia de una pintura mural hecha por Pedro Hess en los pórticos del jardin real de Munich

tió solemnemente al canciller austriaco no apartarse un ápice de la Santa Alianza, y en prueba de ello hizo borrar á Ipsilanti del cuadro de oficiales generales del ejército ruso y concedió á la Sublime Puerta, en conformidad con lo estipulado en la paz de Bukarest, el permiso de entrar con sus tropas en los principados danubianos. Al propio tiempo el sultan declaró á Ipsilanti y sus secuaces culpables de alta traicion y por su orden el patriarca de Constantinopla fulminó contra ellos la excomunion mayor. Con esto Ipsilanti, cuyas fuerzas se habian engrosado y llegaban á 7,500 hombres, vió menguar sus filas; la traicion le acechaba en todas partes y no tuvo mas remedio que pasar al territorio austriaco con la gente que le quedaba. Pasó el Aluta, en la pe-

queña Valaquia, pero los turcos le dieron alcance el 19 de junio cerca de la aldea de Dragachan. Las tropas turcas eran en número tan inferiores que lo habrian pasado mal á no ser por la envidia de Caravias, el acuchillador de Galatz, que se arrojó sobre ellos sin aguardar la orden y cooperacion de Ipsilanti. De esta suerte, la victoria que Ipsilanti tenia asegurada se convirtió en aciaga derrota y los valientes defensores de la independencia cayeron «como ramas florecientes bajo el hacha del leñador.» Los que no murieron se desbandaron, é Ipsilanti, para librarse de sus perseguidores y del furor de los pocos voluntarios que le habian quedado, entró en territorio austriaco, donde fué detenido y encerrado como prisionero de Estado primero en el castillo de Munkacz y